Fuente en Paseo de la Isla. Foto de Daniel

FUENTE DE LAS ÁNIMAS

Asterión, una vez muerto y enterrado, se vino con Astrea, también muerta y enterrada, con el solo pensamiento de beber del caño de la fuente donde mana la savia de los huesos de los difuntos, que llaman “Fuente de las Animas”, en el paseo de la Isla, Burgos, adonde

vienen a apaciguar su sed alcaldes, regidores y gentes de la plebe, así como las ánimas benditas de los muertos vivientes y no vivientes.

Obispos, curas y frailes vienen por la noche, tapándose las narices, cuando ponen el morro en el caño, tirándose unos cuescos formidables para hacer burla a los demonios de la noche.

Para que mana la savia de los huesos de los muertos hay que pisar de golpe con el pie un botón que hace fluir, al instante, la savia.

Asterión y Astrea, en hora mala vinieron esta noche del recuerdo pisando Astrea el pie de algún grave cardenal, quien, echando en falta su varapalo, o caña de la doctrina, como ellos dicen, para golpear a quien le había pisado, exclamó:

-¡Qué pisotón me acaba de dar la compañera¡

Al momento, si no me falla la memoria, que es harto frágil, se vio salir de entre su ropa, a la luz de media luna, una esculapia o culebra de esas que trepan a los árboles, enroscándose en el tronco de Asterión.

Asterión, que era un ánima bendita, no tuvo mal gesto con el cardenal, porque le podía haber inflado a hostias; sin embargo, le pasó la serpiente al capellán que está a su servicio, y éste, ni corto ni perezoso, al inclinarse el cardenal a beber del caño de la fuente, le introdujo la serpiente por el ano, por lo que el cardenal, escocido, escupió la savia y dio tan gran Rebuzno que llegó a abrir de par en par las puertas del Monasterio de las Huelgas.

Las monjas del Monasterio y su prior, como dormían, no se dieron cuenta de lo sucedido. Ni se enteraron.

Por la mañana, la madre abadesa, al ver las puertas del Monasterio abiertas de par en par, y las hermanas preguntado si esto era un milagro, exclamó:

-¡Nada de milagro¡ Ha tenido que ser el alma de aquel abuelo de los nabos que se arrimó, el otro día, montado en burro, a nuestro convento por ver si se les comprábamos, diciéndome el muy atrevido y descarado, cuando yo le pregunté: ¿A cómo vende usted los nabos?:

-Madre abadesa, se los vendo más baratos que en el mercado. Además, que aquí traigo para usted otro más largo de regalo.

Después, mirando al padre prior, dijo:

-Ahí estoy viendo el borrico. Padre, aparéjeme usted el burro que tengo que ir al Arzobispado.

-Daniel de Culla